

Los niños ricos de México en el siglo XIX — testimonio de seis autores de la época —

十九世紀メキシコにおける裕福な子ども像 — 当時の著者六人の記述より —

HASEGAWA Nina
長谷川 ニナ

本稿では、十九世紀メキシコにおける子供の世界を知るために、当時の子供たちの姿を描写した小説、自叙伝、旅行記などのテキストを分析する。それらは子供時代の回想録、上流家庭の女中と子供の関係を扱った短編小説、当時の子供を描写したオーストリア人女性及びイギリス人女性の旅行記、子供が成長し、職業を選ぶまでにいたる過程を描いた小説などである。

これらのテキストの著者はカルデロン・デ・ラ・バルカ夫人(1804-82)、パウラ・コロニーツ(1830-90)、ホセ・ホアキン・フェルナンデス・デ・リサルディ(1776-1827)、ギジェルモ・プリエト(1818-97)、アントニオ・ガルシア・クバス(1832-1912)、アンヘル・デ・カンポ(1868-1908)である。

これらのテキストに登場するのは裕福な家庭の子供たちである。当然、本論考では裕福な家庭の子供を扱うことになる。当時の子供像の全貌を把握するには、貧困層の子供たちについての記述にも触れなければならないが、残念ながら、読み書きのできない貧困層は自らそうした記録を残すことはできなかった。残っているのは富裕層が貧困層を「観察」して残した描写だけである。貧困層は常に富裕層の目を通じて記録されてきたわけで、たとえ、それらの描写の量的なバランスをとったところで、正確な全体像の把握には限界があることをまずもって記しておく。

十九世紀の富裕層の子供は、召使いを含む大家族に囲まれて育った。彼らは六、七歳から両親が属する社会の行事に参加させられ、上流社会での社交のイロハを身につけていった。同時に彼らはインディオの乳母に赤ん坊の時から世話されていたため、土着文化に馴染んでもいた。しかしな

がら、彼らは西欧型社会を賛美するエリート層の一員として、いずれ土着文化を見下ろすようになる運命にあった。当時の道德教育と言えば、勿論カソリックに基づいていた。カソリックの家族に囲まれ育った十九世紀の子供たちは、当然、カソリックの教えを自分の道德の軸とした。

十九世紀と比べて、現代の教育で最も変わったものは、道德と女性教育であろう。カソリックが栄えていた時代では、修道院を選ぶ女性はもちろんのこと、結婚して良き妻、良き母となる女性もカソリック道德の鏡でなければならなかった。しかし、カソリックの影響力が衰えてくると女子教育は変わらざるを得ず、よき妻よき母の理想像は変化し、修道院に入る娘も圧倒的に少なくなった。

Nota preliminar

Este trabajo trata de reconstruir, aunque muy someramente, una parte de lo que fue el mundo infantil durante el siglo XIX en México basándose para el efecto en los testimonios de seis escritores sobresalientes de la época. Ellos son Madame Calderón de la Barca (1804-82), Paula Kolonitz (1830-90), José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), Guillermo Prieto (1818-97), Antonio García Cubas (1832-1912) y Angel de Campo (1868-1908). Las mujeres son dos damas de origen europeo cuyo esfuerzo por describir objetivamente lo que han visto durante su estancia en México es evidente; los hombres son cuatro escritores mexicanos de renombre cuya meta es retratar la sociedad mexicana que les ha tocado vivir lo más verazmente posible. Con todo, ya en los relatos de viaje de éstas, ya en las memorias o novelas de aquéllos, son muy pocas las descripciones que se hacen de los niños pobres por lo que he decidido reconstruir aquí la vida de los niños ricos de la época, dejando la de los pobres para otra vez con la esperanza de completar eventualmente una unidad.

I

A José Joaquín Fernández de Lizardi se le conoce como al primer novelista latinoamericano. Empezó su carrera como escritor en 1809, cuando tenía 33 años. Escribió poemas, fábulas, 7 obras de teatro, 4 novelas, 9 periódicos, 279 panfletos y gran cantidad de artículos en diferentes periódicos. Vivió una época muy importante, y poco estudiada, de la historia de México: los últimos años del periodo Colonial y los primeros del Estado-nación Independiente. La Universidad Nacional Autónoma de México desde hace 30 años viene trabajando en un proyecto que intenta estudiar la sociedad y cultura en el México Independiente a través de la numerosa obra de Fernández de Lizardi.¹ Nuestro autor estuvo varias veces en la cárcel, primero por apoyar a los insurgentes y luego por criticar el gobierno español favoreciendo las ideas independentistas. Él quería que la enseñanza fuera gratuita y obligatoria; que se aplicara el método Lancasteriano en el que los alumnos más avanzados auxilian a los más rezagados; que se creara una sociedad pública de lectura; y que circularan las ideas discrepantes libremente. La educación fue una de sus mayores preocupaciones y es desde esa perspectiva que nos habla de los niños. En su *Periquillo Sarniento*, novela famosa por contarse entre las primeras novelas de América Latina², Fernández de Lizardi describe al niño como a una víctima irremediable de los prejuicios sociales anacrónicos que a su vez permiten que los sistemas educativos prolonguen *ad eternam* las diferencias de clase.

Fanny Calderón de la Barca, más conocida como “Madame Calderón de la Barca”, vivió en México con su esposo (primer ministro plenipotenciario de España en Mexico) dos años enteros (1840 y 1841) y

1 <http://nodo51.adm.conacyt.mx:9091/docs/congresos/25097/lizardi.htm>

2 *El periquillo Sarniento*, prólogo

dejó un valiosísimo testimonio sobre la vida de los mexicanos de aquella época. Nació en Escocia el 28 de diciembre de 1804 o sea que tenía 35 años cuando llegó a México. (Conoció a su esposo en Estados Unidos donde llevaba viviendo 12 años con su madre y sus hermanas a raíz de la muerte de su padre. Recibió una pulida educación y la mejor prueba de ello es que, después de enviudar, los Reyes de España le pidieron que fuera educadora y dama de compañía de la infanta Isabel. Cuando murió -en 1882- tenía 77 años y había sobrevivido 26 años a la muerte de su esposo. Fanny llegó a México en diciembre de 1839, al año y dos meses de haberse casado.³ Su *Life in Mexico during a Residence of Two years in That Country* destila alegría y entusiasmo por todos lados. Su simpatía y actitud positiva le abren las puertas de la gente en México cuyas costumbres describirá después en detalle y con la mayor honestidad. Fue la quinta de 10 hermanos así que, aunque no sabía lo que era ser madre, podemos suponer que la infancia no le era totalmente indiferente. Sobre los niños no habla mucho en sus dos volúmenes pero lo que dice es muy útil e interesante y merece ser mencionado.

Guillermo Prieto nace en 1818 y nos habla de su infancia situada entre 1828 y 1840. Su padre es “administrador del triguero Molino del Rey y sus panaderías” lo que permite a la familia vivir holgadamente como veremos a continuación. Hemos de saber, sin embargo, que el padre muere a los 33 años y que “habiéndose apoderado de los cuantiosos bienes de su casa personas extrañas” quedan Prieto, su madre y su hermano en la miseria. Eso sucede en el año 1831 cuando cuenta con sólo 13 años.⁴

Cuando escribe sus memorias en 1886, es ya un reconocido escritor y le ha tocado vivir casi toda la historia del siglo XIX: la creación de la

³ *Encyclopedia of Mexico*, pp.180-181

⁴ *Memorias de mis tiempos*, p.20.

primera Constitución federal mexicana (1824), los veinte años de luchas intestinas entre centralistas y federalistas (1828-1848) en pro o en contra de dicha Constitución, la humillante invasión norteamericana de 1847 bajo la presidencia expansionista de Polk, el violento arrebato de los bienes de la Iglesia dispuestos por el Gobierno para financiar la guerra contra el invasor americano, el feroz pronunciamiento de los polkos provocado por dicho arrebato, la firma del tratado de Guadalupe por el cual México cede, al ser vencido, la mitad de su territorio a Estados Unidos (1848), la odiosa dictadura de Santa-Anna (1853-55), los inestables gobiernos de Álvarez y Comonfort (1855-57), la creación de la famosa Constitución liberal de 1857, el golpe de Estado de Comonfort para derrocar dicha Constitución con la que no estaba de acuerdo, la Guerra de Reforma (1858-61) dirigida por Juárez para restituir dicha Constitución, la Intervención francesa (1862-64) financiada por Napoleón III, el trágico Imperio de Maximiliano de Austria (1864-67) y finalmente los gobiernos de Juárez (1858-61/ 1863-67/ 1867-72), de Lerdo (1872-76), de Porfirio Díaz (1877-80) (1884-1911) y de Manuel González (1881-83). Ha vivido además de cerca la horrorosa epidemia de cólera morbo, la violenta expulsión de españoles en 1833 y los irreversibles efectos que sobre la sociedad mexicana acarreó la Ley de desamortización (1856) contra los bienes eclesiásticos.⁵

La descripción que hace de su infancia es deliciosa y se acerca al de un Edén. No tanto, creo yo, porque idealice él su infancia, cosa que podría entenderse muy bien en vista del infierno que le tocó vivir después, sino porque realmente esos años de bonanza bajo la protección paterna debieron haber sido para él un Edén. Comentarios como estos nos dan una idea de la calidad humana de su familia. “ ¡ Mi madre era tan buena! y ¡ Mi padre tan sinceramente amigo de los pobres, que los peones le adoraban, y el nombre del amo era un nombre mágico que producía el contento, ahuyentaba las penas y corría como aura manza,

5 *Ibid.*

produciendo bienestar y placer.”⁶ Prieto no supo, mientras su padre vivió, lo que era un peón explotado o maltratado. No supo lo que era un amo cruel o sádico porque hasta los 13 años estuvo rodeado de gente educada y noble de corazón que aplicaba diariamente los mejores preceptos de la doctrina cristiana. Prieto muere a los 79 años y es, sin discusión, uno de los escritores más fecundos del siglo XIX.

La Condesa Paula Kollonitz llegó a México en 1864 acompañando a la emperatriz Carlota, mujer de Maximiliano de Austria, y publicó tres años después en Viena un libro titulado *Un voyage au Mexique en 1864*. Nació en 1830 y vio a México con los ojos de una mujer adulta, europea y de origen aristocrático. Sus comentarios sobre las familias, mujeres y niños destacan por su sinceridad: no posee el entusiasmo y buena disposición de Madame Calderón de la Barca hacia México pero sus observaciones reflejan un corazón honesto y abierto aunque sorprendido ante un mundo naturalmente extraño al propio. La Condesa Paula Kollonitz no permaneció en México todo el Imperio sino que regresó al poco tiempo al continente europeo donde se casó, se separó y murió a los 60 años en 1890.⁷

A Antonio García Cubas se le considera el padre de la ciencia geográfica en México. Nació en la ciudad de México en 1832 y escribió entre los 56 y 60 años su *Libro de mis recuerdos* donde habla con lujo de detalles de las costumbres del México viejo que le tocó ver desaparecer.⁸ Los testimonios que dejaron él y Prieto son muy valiosos aunque el estilo de cada uno de ellos es diferente: Prieto cuenta las cosas con ojos de niño o de adolescente mientras que Cubas las cuentas siempre con ojos de adulto. Eso hace que sus remembranzas se complementen una a

6 *Ibid.*, p.7

7 *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y geografía de México, Vol.II*

8 *Ibid.*, Vol. II

la otra aunque los períodos o temas que describen coincidan a veces. Cubas murió a los 70 años y su nombre quedará para siempre en la memoria de los mexicanos orgullosos de serlo por el gran amor, dedicación y honestidad con que él trabajó para rescatar del olvido una parte dolorosa y complicada de la historia nacional.

Angel de Campo, más conocido con los pseudónimos de Micrós y Tic-Tac, empezó a escribir para los periódicos antes de los 20 años y dejó de hacerlo a su muerte. Los tres libros⁹ que recogen sus escritos periodísticos y la única novela que se le conoce completa¹⁰ descubren una obra “de línea costumbrista”.¹¹ Angel de Campo es conocido por su pesimismo, aspecto que lo distingue de la mayoría de los autores que aquí tratamos. No entraremos a fondo en su obra pero sí haremos uso de un cuento suyo para confrontar sus observaciones con las de otro pesimista: Fernández de Lizardi. Angel de Campo murió a los 40 años víctima del tifo el 8 de febrero de 1908, dos años antes de que estallara la Revolución Mexicana y que salieran a flote todos los problemas sociales que a lo largo de su vida él se empeñó en describir.

II

Prieto vivía a unos kms de la Ciudad de México, en un lugar privilegiado por la naturaleza. “Su hermano, sus primos y competente número de criados -explica- partían mañana a mañana a caballo del Molino del Rey a la ciudad de México, donde estaba la escuela.” Aquellas expediciones diarias hicieron de ellos “jinetes consumados” recuerda entusiasmado y explica que solían “saltar zanjas”, “dar cola a los caballos”, “formar circo en medio de las calzadas”, “lazar y correr

9 *Ocios y apuntes* (1890); *Cosas Vistas* (1894); *Cartones* (1897)

10 *La Rumba* (1890-91)

11 [http://redesc.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_quepaso/angel del campo](http://redesc.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_quepaso/angel%20del%20campo) y *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y geografía de México*, Vol.I

atropellando transeúntes, desesperando a los criados y llevando a menudo sendos costalazos.” Prieto se enorgullecía de haber sido “sobresaliente jinete y de tener en su cuerpo cicatrices que recordaban sus travesuras.”¹² A juzgar por estos testimonios se diría que el pequeño Prieto solía jugar siempre fuera de casa. Sin embargo, no es así. Sus memorias prueban que era más el tiempo que pasaba dentro que fuera de la casa. Por más que dijera que “le complacía recordarse niño” “ostentando ligereza salvaje en la pelota” o “corriendo sobre el acueducto que atravesaba el molino en equilibrio peligroso” son poquísimas (aunque valiosas) las descripciones en las cuales habla de la naturaleza. En algún otro trabajo he hablado del escaso interés demostrado por el latinoamericano de la ciudad hacia la naturaleza.¹³ Pues bien el caso de Prieto no es una excepción. En sus memorias son contadas las escenas naturales. De vez en cuando encontramos descripciones de paisajes frente a los cuales evidentemente el autor siente una profunda emoción.¹⁴ Sin embargo son raras aquéllas donde se involucra. El autor no captura insectos, ni caza mariposas al vuelo, ni recoge hongos, ni sale a pescar, ni se baña en el agua de los lagos ni sube a los árboles. Por lo menos al respecto no menciona nada.

A Paula Kolonitz, la dama de la Corte que vino a México acompañando a Carlota en 1864, le sorprendía (según dejó escrito en su libro *Un Viaje a México en 1864*) que las madres mexicanas no cuidaran más la salud de sus pequeños hijos. No podía comprender que éstas, por concurrir con toda la Sociedad, “llevaran consigo a sus hijos, casi en

12 *Memorias de mis tiempos*, p.7

13 “La presence de la nature dans la littérature japonaise et latinoaméricaine” in *Literary Intercrossings East Asia and The West*, (Australia: Wild Peony, 1998)

14 “He aquí el cuadro de las impresiones de mis primeros años en el Molino del Rey, mimado de mis padres, acariciado de mis primos y gozando mi alma con las agrestes lomas, los volcanes gigantes, la vista de los lagos apacibles y el bosque augusto de ahuehuetes, titanes de los siglos, que parecen hablar al rayo de la luna, de lo eterno y de lo sublime de sus recuerdos.” p.7

pañales, al Paseo de las seis de tarde” cuando “el aire se hacía húmedo y fresco”¹⁵ y menos podía comprender que las malvadas “condenaran a sus hijos de ocho o nueve años a ocupar un puesto en el teatro luchando contra el sueño hasta la medianoche.”¹⁶ Pensando en la salud y en la seguridad de los pequeños, le parecía poco atinado, que las irresponsables “confiaran sus criaturas a unas muchachitas indias” y no a mujeres adultas e experimentadas.¹⁷

A pesar de estas críticas la condesa reconoce que la familia mexicana tiene cosas admirables: constata que los niños “son tranquilos como sus padres y que nunca se les ve mal educados”; admira, entre otras cosas, que “las relaciones entre padres e hijos, hermanos y hermanas, sean tan afectuosas” y que “las familias le tributen al jefe de familia, de manera tan unánime, el mayor de los afectos y la máxima de las devociones”.¹⁸

También señala un aspecto importante, que no se ha discutido bastante, y es que en México “reina la extraña usanza de que las chicas, cuando se casan, no entran a la casa del marido sino que las más de las veces es el marido el que viene a formar parte de la familia de su mujer.”¹⁹

Los comentarios de Kolonitz nos llevan a concluir que hay en México una manera de vivir que le da a la sociabilidad una enorme importancia. Ella cree ver en “toda la vida del mexicano el carácter del *dolce far niente*”²⁰ pero no cae en la cuenta de que el mexicano lo que busca es reafirmar constantemente, en sus paseos, salidas y demás diversiones, sus relaciones sociales ya que de éstas depende su pertenencia a la clase privilegiada y por ende su trabajo. Las buenas

15 *Un viaje a México en 1864*, p.106

16 *Ibid.* p.106

17 *Ibid.* p.105

18 *Ibid.* p.105

19 *Ibid.* p.108

20 *Ibid.* p.104

maneras, la hospitalidad, el espíritu festivo que Kolonitz observa los mama el niño desde su primera infancia. Este aprendizaje forma parte fundamental de su educación, quedando todo lo demás en segundo término.

III

Si por lo general, en México los padres no ven con buenos ojos que sus hijos se mezclen democráticamente con la servidumbre, sí consideran que el contacto amistoso con ésta dentro del ámbito familiar es cosa inevitable y lo permiten aunque básicamente su idea sea que la influencia indígena no puede ser benéfica para los niños. La importancia que han tenido y tienen los criados, casi siempre de origen campesino, en la formación del niño rico latinoamericano es innegable. Sin embargo, como veremos, durante el siglo XVIII y XIX a la servidumbre no se le reconoce valor alguno ya sea cultural o humano. Basta ver lo que dice sobre su infancia Fernández de Lizardi, en boca de Periquillo, el héroe de su famosa novela:

“Nací -explica- en México por los años de 1771 de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria; al tiempo que eran de una limpia sangre, la que hacían lucir y conocer por su virtud. (...)

”Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo así que se determinó [como ella deseaba] darme nodriza. (...)

”Mis nodrizas [con sus cuidados mercenarios] comenzaron a debilitar mi salud, y hacerme resabido, soberbio, e impertinente con sus desarreglos y descuidos, al tiempo que mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño.

”Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de casa tuviera en la mano, o cosa semejante, se me había

de dar en el instante, porque si se me negaba aturdí yo el barrio a gritos. Si alguna criada me incomodaba hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme a ser soberbio y vengativo.”²¹

De esta interesante descripción podemos sacar varias cosas en claro: Lizardi no piensa que sea benéfica la influencia de sus nodrizas indígenas primero porque los cuidados de estas mujeres son para él “mercenarios”, y segundo porque en sus “cuidados” ve más descuidos que otra cosa.

Si comparamos los testimonios de Lizardi con los de otros (Cubas, Angel de Campo, Prieto) de la literatura mexicana veremos que, en realidad, los cuidados de las nodrizas eran más maternos que mercenarios. Parece haber existido, además, entre las madres y éstas una verdadera solidaridad en provecho de los niños. Angel de Campo nos cuenta la historia de tres niños que al quedar huérfanos de madre sólo cuentan con el calor humano de las “criadas” para consolar su tristeza, al estar el padre preso de una terrible depresión y siempre ausente de casa.²² La conversación entre ellas revela su psicología.

- ¡Si la niña supiera!...-solían decir las criadas.
- ¿A dónde irá el patrón?
- Pos al café, al billar, al teatro.
- ¿Cómo, haciendo tan poco que murió la niña?²³
- No, tú, pero es hombre. Siempre los señores tienen que hacer. Cómo se había de quedar aquí encerrado fastidiándose. (...) ¿Qué crees que no se le hace pesado llegar y no encontrar ni un alma? ¡Pobre niña Adelita! Dios la tenga en su gloria.

21 *El Periquillo Sarniento*, pp.12-15

22 “¡Si la niña supiera!” *Cosas vistas y cartones*, p.69

23 A la madre muerta se le llama con cariño a veces “la niña”, a veces “Adelita”.

- Esa sí que se fue derecho al cielo. A mí las que me dan lástima son estas pobrecitas inocentes.

Esta conversación revela claramente que en momentos de crisis los criados, con todas sus limitaciones, tratan de brindar apoyo a la familia, y muy en particular a los niños. Prieto cuenta que, a los 13 años, al morir su padre y al enloquecer su madre lo recogieron a él unas señoras, hijas de un dependiente de su casa, que vivían “honrada y pobremente de sus costuras” y que “hubieran sido capaces de pedir limosna antes que desampararlo.”²⁴

Es obvio, por lo que vemos aquí, que los criados responden con amor a las familias que les dan amor. Bien dice Prieto que su padre “era sinceramente amigo de los pobres” y que “los peones le adoraban”. Lo mismo sucede con las criadas del cuento que acabamos de leer. Si éstas no hubieran recibido cariño de la madre cuando vivía, no se preocuparían así por las criaturas huérfanas.

Lizardi hace una caricatura²⁵ de “las madres crueles, indignas de tan amable nombre” que “por demasiado amor propio o execrable lujuria” “abandonan a sus hijos a cualquier india, negra, blanca, sana o enferma, de buenas o depravadas costumbres” y olvida deliberadamente (?) lo que otros han señalado, o sea, que en las familias mexicanas abundan la armonía, el respeto y las buenas maneras. Hasta cierto punto también es verdad lo que dice Lizardi: a las mujeres de las clases privilegiadas, por comodidad, siempre les ha venido muy bien tener quien les ayudara a cuidar a sus hijos, y de manera natural han ido delegando las tareas más arduas a sus “ayudantas”. Una de ellas ha sido la de acostar a los niños ya que éstos, como observa Campos, “no transigen con entrar en la cama hasta que el sueño materialmente los vence.”²⁶

24 *Memorias de mis tiempos*, p.20 y p.25

25 *El periquillo Sarniento*, p. 14

26 *Cosas vistas y cartones*, p. 65

Para dormir a los niños la paciente Ambrosia del cuento de Campos que acabamos de leer “contaba -según él mismo explica- con un repertorio de seis cuentos.”²⁷ Los cuentos sobre todo de brujas y aparecidos parecen haber sido la especialidad de las muchachas indígenas ya que Cubas, uno de nuestros cronistas, cuenta que, cuando había tertulias en las casas ricas, a los niños pequeños se les entretenía con este tipo de cuentos hasta muy entrada la noche.

“Mientras las personas mayores -explica- jugaban a las cartas, y las jóvenes disfrutaban de los placeres que proporcionan la música, a los niños se les entretenía en retirado aposento, con historietas y consejas que una anciana de feliz memoria les relataba.” Y agrega “rodeada ésta de su infantil auditorio, formado de niños de la casa y de gente de escalera abajo, de algunas señoras mayores y de las criadas, refería, cuando bien librados salían los oyentes, las aventuras de Pulgarcito, de la Caperucita, del Gato con botas (...) pues las más de las veces la buena señora adoptaba -señala- para temas de su narración tradiciones terríficas²⁸o bien hechos criminales²⁹o espeluznantes³⁰ o las patrañas que, por vía de ejemplo, se mantenían vivas, y en la que figuraba como actor principal el diablo con cola, un muerto que andaba por las azoteas, brujas con ojos de lumbre o *nahuales* que chupaban la sangre a los chicuelos. Como las narraciones iban acompañadas -agrega- de mímica exagerada, solía suceder que en el ardor del entusiasmo, la historeadora se lanzara al cuello de una criada y la medio acogotara.” Y concluye: “el intento de entretener a los niños iba más allá de lo que se deseaba, pues ya en la cama se apoderaba de éstos un sueño intranquilo, asaltado por pesadillas.”³¹

27 *Ibid.*, pp.70

28 “como las de Don Juan Manuel, *La Llorona, la Mulata de Córdoba y El Coche de lumbre*”

29 “como los *Asesinatos de Dongo* a fines del Siglo XVIII”

30 “como *El Manto Verde de Venecia*”

31 *El libro de mis recuerdos*, p. 191

Los testimonios que hemos citado coinciden con Lizardi: a las criadas se les encargan las tareas más arduas en beneficio de las madres que, liberadas, pueden dedicarse a sus actividades sociales. Las tertulias de las que habla Cubas, sin embargo, son más que simples momentos de diversión, son momentos en que las familias enteras se entregan al intercambio social del cual, como he insistido arriba, depende su pertenencia a la clase privilegiada, su trabajo y sus ingresos. Los jefes de familia no sólo necesitan una esposa o una madre cariñosa, necesitan una mujer con don de gente, que con sus buenas maneras y espíritu festivo les ayude a alimentar sus relaciones sociales.³²

Esa forma de vida es la aceptada entre la gente de “escalera arriba”. Si el Periquillo de Lizardi juzga tan severamente a su madre, sólo por hacer lo que normalmente hacen todas las mujeres de su clase, es precisamente porque el autor de esta novela quisiera reemplazar la forma de vida tradicional criolla, basada en una clara división de clases, por una más moderna, más democrática. No es que Periquillo le reconozca algún valor cultural a sus criadas pero sí reprueba enérgicamente que su madre por darle razón a él, un niño caprichoso y malcriado, finja reprenderlas enseñándole a ser “soberbio y vengativo.”

De los cuatro autores que acabamos de ver sólo Prieto se identifica plenamente con los pobres de los cuales nunca llega a hablar de manera despreciativa. Los otros autores, (Campos, Cubas, y Lizardi), poco más poco menos, pero siempre ven a la gente de “escalera abajo” a través de un lente que los opaca y les quita brillo.

Campos, como acabamos de ver, reconoce que de manera espontánea y generosa las pacientes Ambrosia y Tules se esmeran por darle un poco de calor maternal a los tres niños huérfanos de la familia donde trabajan. Pero por otro lado compara los “tiernos” cuidados de ésta con

32 Sin proponérselo, Cubas nos da un dato más: en este intenso intercambio social no participan activamente ni los niños ni las señoras mayores puesto que, “en retirado aposento”, matan el tiempo.

los “rústicos” de aquéllas. Porque hay que decirlo existe la idea estereotipada de que tienen que ser superiores los cuidados de la madre, no tanto por ser “la” madre como por ser una persona “bien nacida”. Este prejuicio lo expresa Campos con estas palabras:

“Las criadas -dice- sacaban a colación estúpidamente el relato de los *cocos* y *viejos* que habían de cargar con los niños [sin tomar en cuenta que] la inquietud de su miedo infantil se tornaría en un verdadero terror que se resolvería en llanto”. No sospechaba aquella “servidumbre estúpida” -indica- “que no era un capricho de niño el no poder dormirse”. Las criadas-dice- “habían olvidado que Adela, dadas las siete de la noche, con una solicitud de madre buena iba y venía, tendiendo las camitas con las sábanas más blancas y los almohadones más mullidos; que ella en persona servía el café a todos, que acababan de tomarlo en sus rodillas, jugaba para entretenerlos y les contaba cuentos, y después los desvestía uno por uno, les ceñía con el brazo el cuerpecito, y así, en paños menores los persignaba, los arropaba bien y dejaba un beso en cada una de las frentes de sus hijos, encendía la veladora, y los pequeños, arrullados por el cariño, sabiendo que a un paso su madre leía el periódico, ni soñaban vestiglos ni los tenía insomnes el sueño.”³³

Tanto Campos como Cubas señalan que las criadas prefieren los cuentos de terror, de obvia inspiración indígena, a los cuentos europeos de Perrault y compañía. Campos, Cubas y Lizardi implícitamente están oponiendo las nociones de civilización y barbarie. Su lógica es que las criadas no pueden aportar nada bueno al niño puesto que pertenecen a un mundo bárbaro que insiste en creer en fantasmas y nahuales, y en alimentar miedos infundados; olvidan que las criadas cuando son madres también cuidan a sus niños, también los arropan, también les cuentan cuentos, también los sientan en sus rodillas y también los

33 *Cosas vistas y cartones*, p.66

aman con amor maternal.

Concluyamos, a partir de estos datos, que el modelo de vida tradicional de las clases altas durante el siglo XIX, y muy seguramente antes, depende de las mujeres indígenas para la educación de sus hijos lo que propicia, sin realmente proponérselo y sólo por comodidad, un contacto intercultural activo dentro del hogar que le permite a la cultura indígena ocupar espacios privilegiados en esas clases.³⁴ Agreguemos que al mismo tiempo la presencia del indígena dentro del ámbito familiar sirve para inculcar al niño desde pequeño su superioridad frente al mundo indígena.

IV

Prieto describe como nadie la vida familiar de México durante el Siglo XIX. Hablando de los años 1820-30 Prieto declara que “¡Feliz era el niño que tenía su capilla para enseñarse a padre! ¡Feliz la niña que poseía una muñeca vestida de monja! Y ¡feliz mil veces el párvulo que por una promesa de sus padres o vestía de frailecito por algún tiempo, o figuraba como alma gloriosa en una procesión, o fungía de arcángel en un coloquio, o ayudaba, en una misa o auxiliaba a un sacerdote a dar la comunicación.”³⁵

De las 33 páginas que Prieto dedica al relato de su infancia la mayoría se refiere a asuntos religiosos como el que acabamos de ver. Sus descripciones son muy valiosas pues nos ayudan a entender la vida emocional del modelo familiar tradicional donde la religión ocupa un primer plano. Prieto cuenta entre sus muchas experiencias, dos que me parecen muy ilustrativas: aquélla en la cual lo prepararon para dar un sermón en público y aquélla en que fungió de arcángel Miguel. Refiriéndose a la primera dice:

34 Solange Alberro, a lo largo de su libro *Del gachupín al criollo* (México: El Colegio de México, 1992) trata este tema.

35 *Memorias de mis tiempos*, p.12

“Tenía yo siete años; fue el año de 1825.

”Dispuso mi abuelo un suntuoso altar de Dolores con bosque y calvario, profusión de aguas de colores, sembrados de tiestos porosos, con trigo, alegría, lenteja, etc. etc., banderitas de oro volador, sargas de *yoloxochitl* y manojos de trébol; a torrentes flores de chícharo, amapolas, retama, rosas, jazmines y claveles con profusión; alfombras formadas con polvo de café, salvado, arena y hojas de flores y *chichicastli*; cirios en arrobos y naranjas con banderitas de oro volador y papel picado, y en cierta perspectiva un repuesto de ollas colosales de chíá, orchata, tamarindo, timbirichi, todo debido servir, según se requería con su polvo de canela aromática, en vasos y en jícaras doradas.

”El alma de la fiesta era el sermón y mi padre grande quiso que yo lo recitase; vistiéronme de canónigo, se preparó el púlpito, un sabio diguino me hizo el sermón y me ensayó para decirlo.

”Llegóse la noche tremenda; la concurrencia a la casa de mi abuelo era numerosa, ofició el rezo un alto personaje y se cantaron los misterios con música de orquesta.”³⁶

Esta descripción basta para imaginar la dimensión que llegaban a tomar este tipo de fiestas y la riqueza y lujo con que se las engalanaba. Volvemos a lo mismo, las fiestas sirven de pretexto para promover las relaciones sociales dentro de una misma clase social. La participación temprana de los niños en este tipo de eventos, y el deseo por parte los adultos de entrenarlos en este tipo de actividades es obvio.

Dentro de las principales fiestas religiosas del año, existe, como sabemos, una muy importante: la navidad. En México se acostumbra celebrar con novenario el aniversario del Nacimiento de Jesucristo. A estas fiestas se les llama “posadas”. Cubas que consideraba esta época “la más alegre y animada del año”, describe larga y detalladamente a lo

36 *Ibid.* p.5

largo de catorce páginas en el libro de sus recuerdos todas estas festividades, y explica que “diversas familias se repartían por turno los [nueve] días de las Posadas” y que “como era natural, se establecía entre ellas la competencia, tanto en lo concerniente al mejor arreglo de la fiesta, como a la calidad de los objetos y de la colación que con ellos se regalaba”. “Al principio -explica- las Posadas no tenían otro objeto que el de divertir a los niños de la casa” pero una vez establecida la competencia “se convirtieron en lujosas”. Según él, “los ricos que en la tierra son los relativamente felices” eran los que “no tenían dificultades para el conveniente arreglo de sus Posadas, pues poseían fondos de sobra y criados que convertían en jardines venecianos los patios y adornaban escaleras y corredores.”³⁷ El lujo descrito aquí se compara fácilmente con el de la fiesta de Dolores organizada por el abuelo de Prieto. Los niños ricos además de ver sus casas convertidas en jardines venecianos y de acompañar a María y a José en simbólica procesión para pedir posada, representaban pastorelas cuyo tema era la lucha de los tres arcángeles contra Lucifer en defensa del Niño Dios. Según explica Cubas “era costumbre que las familias representaran coloquios (pastorelas) en teatros caseros y algunas veces en teatrillos alquilados.” Prieto, a su vez, cuenta cómo se organizó la pastorela en la que actuó de arcángel con estas palabras:

“Mi madre, que era muy linda, muy servicial y muy afecta a las fiestas de familia, dispuso la función: se tiraron paredes, se convirtieron las trojes en salones y se improvisó un teatro con todos sus menesteres.

Las chicas se hicieron pastoras, y pastores los dependientes. Fue designada para Virgen la más encantadora de mis primas; para Luzbel, mi tío el coronel, arrogante mozo y caballero completo, y yo fui San Miguel.

³⁷ *El libro de mis recuerdos*, pp.296

Había boca de infierno que arrojaba llamas, había escotillones y vuelos, había una cena de pastores de chuparse los dedos, y trajes y accesorios de enloquecer.”³⁸

Basta oír los testimonios de Cubas y Campos para ver la proporción que podían tomar estas pastorelas. Rentar un teatrillo con sus buenos trajes y accesorios debe haber costado lo suyo, e improvisar uno en casa otro tanto. Aunque todas las clases sociales con sus limitaciones organizaban Posadas y representaban pastorelas, bien dice Cubas que estas fiestas estaban hechas para los ricos.

El guión teatral de los coloquios o pastorelas no llegaba a ninguna sofisticación y más bien se caracterizaba por su simplicidad. Los diálogos los podía aprender hasta un niño sin mucha dificultad. Seguramente lo más divertido hayan sido los ensayos y los preparativos, así como escoger los trajes. La obra quizás no fuera en sí nada del otro mundo pero ver en escena a los actores, toda gente conocida o de la familia, debe haber sido realmente jocoso. Interesante resulta lo que nos explica Prieto, o sea que los papeles de los pastores y pastoras podían ser representados por los mismos mozos y mozas de la servidumbre. Las clases sociales se mantienen aún en el mundo de la ficción, pero por lo menos hay una convivencia en escena. Supongo que la misma lógica cristiana llevaba a que a la Virgen María la representara una virgen y a que a los ángeles los representaran los niños. El dilema está en encontrar un Diabolo apropiado dentro de la familia, de ahí que la ironía del destino lleve a un “arrogante mozo y caballero completo” a representar el papel. Esa circunstancia resulta cómica ya que como constata Prieto las virtuosas e incorruptibles pastoras del guión (o sea las jóvenes de la humilde servidumbre), hubieran preferido, contrariamente a lo establecido, que tan apuesto

38 *Memorias de mis tiempos*, p. 5

diablo se las llevase.³⁹ Creo que queda claro, según estos testimonios, que la religión era todavía después de la Independencia, uno de los ejes más importantes de la vida social mexicana y que las familias pertenecientes a las clases privilegiadas alentaban a sus herederos, desde la más tierna infancia, a participar en muchas de las actividades de los adultos con el intencionado fin de integrarlos, pronto y de manera natural, a su mundo social.

V

La vida íntima familiar gira en torno a las mujeres y la vida de las mujeres gira en torno a la religión. Esa fue una verdad absoluta hasta que, poco a poco y a fuerza de revoluciones sociales, la vida mexicana se fue haciendo cada vez más secular. Hablando de los años 1830-40, en sus memorias Prieto lanza de repente una frase que parece venir de lo más profundo de su alma: “Mi predilecto arrimo eran mi madre, mis primas y las criadas.”⁴⁰ Esta afirmación, quizás explique porque los testimonios de Prieto son únicos: ningún hombre habla como él tan de cerca del mundo de las mujeres, o lo que es lo mismo del mundo del hogar. Prieto nos dice que en la casa de sus padres la parte religiosa era importantísima; que cada miembro de la casa tenía su confesor; que la unidad familiar estaba bajo la dirección de los gobernantes de la conciencia de sus progenitores; que en su familia había un tío sacerdote ejemplar “davidoso y tierno” al que le festejaban sus cumpleaños; que el entusiasmo por las cosas divinas era unánime dentro de su familia; que las salidas casi siempre eran para visitar un lugar santo, una parroquia o un convento “donde sus padres figuraban en primera línea como bienhechores”; que con tantas actividades “apenas le quedaba tiempo a

39 La pastorela anónima *El testerazo del diablo* publicada por Antonio Vanegas Arroyo a finales del siglo XIX es, por su contenido, idéntica a la de Prieto. Y no sorprenda la coincidencia ya que casi todas las pastorelas son calcas unas de las otras.

40 *Memorias de mis tiempos*, p. 14

la familia para asistir a *tomas de hábito*, cantamisas, rejas y *libertades monjiles*.”⁴¹

Resulta sorprendente que un varoncito, de entre 7 y 13 años, se entusiasmara así con todas estas actividades que ahora nos parecerían más bien “serias y poco divertidas” pero si tomamos en cuenta, lo que se dijo arriba concerniente a las Posadas y a la fiesta de Dolores, comprenderemos rápidamente que todas tendrían algún atractivo nada banal. Prieto cuenta que, para uno de los cumpleaños del tío sacerdote, los jóvenes de la familia decidieron representar un entremés. Y al respecto no hay nada que agregar: ¡ya vimos cómo disfrutaban los jóvenes estas puestas en escena! Recordemos que estamos hablando de una época que ignoraba lo que era una radio, una televisión o simplemente la luz eléctrica. Resumiendo, si bien es cierto que en el siglo que nos concierne las horas eran largas, también es cierto que los niños sabían jugar y disfrutar los pequeños acontecimientos de la vida diaria que las mujeres, con tanto acierto, llenaban de gracia. El que la religión formara una parte muy importante en la vida de las mujeres y del hogar explica en sí el arraigo de ésta en toda la sociedad mexicana de la época.

VI

Aunque las familias mexicanas de nuestro siglo conservan todavía mucho del modelo social del siglo XIX hay actividades como *las tomas de hábito o libertades monjiles*, por ejemplo, que han venido a decaer. Podemos encontrar, desde luego, todavía en todos los países donde la influencia católica fue definitiva, familias que siguen el modelo tradicional a pesar de la secularización de las sociedades modernas pero el número de mujeres que en la actualidad elige el camino de la religión no puede compararse con el del siglo XIX. Resultan

41 *Ibid.* p.10

impactantes, para el que ha crecido en el siglo XX, los testimonios que sobre la vida de las mujeres en siglo XIX nos hacen Prieto y Madame Calderón de la Barca. Madame Calderón de la Barca dice haber visto tomar el velo, por lo menos, a tres monjas en el lapso de dos años y declara ser éste “después de la muerte, el acontecimiento más triste que puede ocurrir en este mundo”.⁴² “Me dicen -explica- que el esplendor de la ceremonia es lo que más mueve a las jóvenes a tomar el velo” y debe ser cierto -asume- pues “es muy difícil que una joven de dieciséis pueda resistirse a tanto.”⁴³

Si no fuera por las descripciones detalladas que hacen Madame Calderón de la Barca y Prieto sobre estas tomas de hábito, ni de lejos, podríamos imaginarnos el lujo de estas ceremonias, la tremenda vida de las mujeres tras los muros del convento, el dolor de las madres al perder para siempre a sus hijas.

“Concluido el riguroso período del noviciado- nos explica Prieto- se enunciaban y disponían los tres días de la Libertad. Engalanábase [entonces] a la novicia con un traje mundano que reverberaba de lujo y donaire ⁴⁴; procurábanse carruajes elegantísimos con mulas de gran precio, y cocheros y lacayos vestidos con lujo peculiar; brindábasele a la monjita paseos, teatros y conciertos.” Sin embargo, llegado el día de la profesión -señala Prieto- “al fondo, dónde más hermoso resplandecía el templo, levantábase imponente la representación tremenda de la muerte [o lo que es lo mismo] un negro sarcófago.” En medio de “horribles ceremonias y de oraciones” -agrega- “iba verificándose, el despojo de las galas mundanas siendo, la más imponente, la cortada del cabello [después de la cual] -concluye- colocábase en el ataúd a la joven y cantábase, en medio de un silencio que helaba de espanto, el

42 *La vida en México*, p.201

43 *Ibid.*, p. 201

44 “*compitiendo en joyas y composturas padrinos y madrinas*”

responso.”⁴⁵

Si Prieto, gracias a su extraordinario amor por las mujeres, logra describir la vida íntima del hogar como nadie; Madame Calderón de la Barca, no se queda atrás. Gracias a la simpatía natural que siente por los mexicanos y a su asombrosa amplitud de espíritu, ella llena con sus descripciones, muchas veces, los huecos que deja Prieto. Y es el caso de la descripción que hace de una visita que realizó, en el año de 1841, a una casa donde una madre estaba por perder para siempre a su hija. Si las “tomas de velo” eran, como ceremonias, por el patetismo que encerraban, hasta cierto punto “un bello espectáculo”, las horas que las precedían eran, para los involucrados, más que bellas, trágicas y penosas. La madre que le tocó conocer a Madame Calderón de la Barca distaba mucho de disfrutar la fiesta que con tan alegre motivo habría de darse en honor de su hija, una joven de dieciocho años. “Era la progenitora -cuenta- con su cara pálida y triste y sus ojos enrojecidos por el llanto la vera efigie de la angustia en traje de baile”. Ese día, Madame Calderón de la Barca no pudo sino recordar “el banquete de bodas previo a la partida de la novia, cuando por primera vez se separa de su familia” pero con la diferencia que aquí la madre “contemplaba por última vez” la cara de su hija.⁴⁶ Recordemos lo que Kolonitz señalaba, y es que en México “reinaba la extraña usanza de que las chicas, cuando se casaban, no entraban a la casa del marido sino que las más de las veces era el marido el que venía a formar parte de la familia de su mujer.” Pues bien, ¿cómo no habían de sufrir las madres doblemente teniendo en cuenta esta circunstancia? Para ellas casar a una hija equivalía a ganar un yerno y a multiplicar la alegría de la casa con nietos.

Madame Calderón de la Barca, durante su estancia en México, logró

⁴⁵ *Memorias de mis tiempos*, p.111

⁴⁶ *La vida en México*, p.208-210

reunir bastantes datos de primera fuente sobre la vida de sus contemporáneas tras los muros de los conventos mexicanos a pesar de que el acceso a estas instituciones, no era nada fácil. Gracias a ella podemos visualizar lo que debe haber sido la vida de aquellas muchachas, que saliendo apenas de la infancia se encontraban ya despidiéndose del mundo para no verlo jamás.

Así, nos cuenta una visita que hizo al convento de Santa Teresa, junto con su esposo y un arzobispo, supuestamente para ver unos cuadros. Y digo “supuestamente” porque de los cuadros apenas y si comenta algo. En cambio, sobre la vida de Santa Teresa se explaye: cuenta que este convento “no era tan grande como el de la Encarnación puesto que ahí sólo se admitía a veintiuna monjas, además de las tres novicias que había”; que las monjas de Santa Teresa “tenían derecho de levantarse el velo en presencia de gente extraña” y que “se mostraban alegres” a pesar de llevar una vida llena de privaciones y de duras penitencias; que “había visto, con sus propios ojos, junto a la cama de cada una de ellas, guardados en pequeñas cajas, instrumentos de martirio, que encontrarían sitio más adecuado en las cárceles de la Inquisición” etc., etc.⁴⁷

Probablemente en esto último no exageraba ya que las monjas mismas le “mostraron una corona de espinas que llevaban puesta en ciertos días de penitencia, hecha de hierro de tal manera que los clavos que salían de la parte inferior al penetrar en la carne, les hacían brotar la sangre”. Y le explicaron que “a las que llevaban esta corona en la cabeza, se les ponía [además] en la boca una como mordaza de madera” con la que permanecían “postradas hasta tocar el suelo con la frente así hasta que daba fin la colación”.⁴⁸

A pesar de que Madame Calderón de la Barca dice haberse “llenado de horror al ver tales tormentos”, básicamente su tono no es anticlerical, sino

47 *Ibid.*, p.290

48 *Ibid.*, p.290.

simplemente humano. En todo momento ella trata de retratar, lo más objetivamente posible, el sentir de la gente de entonces sin emitir juicios, y la mejor prueba de ello está en que inclusive da testimonios de mujeres que fueron felices en su cautiverio y que consideraban el convento donde vivían “como un pequeño pedazo de cielo en la tierra”.⁴⁹

Conclusión: Para terminar si hacemos una recapitulación de lo que se ha dicho en este trabajo, veremos que los niños de las casas ricas, o medianamente ricas, vivían ante todo rodeados de una extensa familia que los hacía participar sistemáticamente en sus actividades sociales con miras a integrarlos gradualmente, y de manera natural, a su mundo social; que la excepcional sociabilidad y buenas maneras del mexicano, que de manera tan unánime alaban los viajeros europeos, no son otra cosa que el ideal mismo de la educación infantil en las clases altas; que las influencias de la cultura indígena y de la religión en el ambiente familiar son, hasta el siglo XIX, claves; y que probablemente sea la educación de las niñas la que más haya cambiado con la secularización de la sociedad. Faltó tratar el tema de la escuela sin ser esto tan grave, al no atribuírsele la importancia que se le atribuye hoy en día.

Bibliografía

Calderón de la Barca, Madame *La vida en México*, (México: Editorial Porrúa, 1959)

Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1984)

Fernández de Lizardi, José Joaquín *El periquillo Sarniento*, (México:

⁴⁹ El convento de La Encarnacion es rico; cada novicia, al entrar, entrega un dote de cinco mil pesos para la comunidad. Hay cerca de treinta monjas y diez novicias. Las dos monjas más ancianas han estado en el convento desde la edad de ocho años y consideran La Encarnacion como un pedazo de cielo en la tierra.” (*Ibid.*, p.153)

- Editorial. Porrúa, 1984)
- Prieto, Guillermo *Memorias de mis tiempos*, (México: Editorial Porrúa, 1996)
- García Cubas, Antonio *El libro de mis recuerdos*, (México: Editorial Porrúa, 1986)
- Campo, Angel de *Cosas vistas y cartones*, (México: Editorial Porrúa, 1986)
- Werner, Michael editor, *Encyclopedia of Mexico*, (Chicago: Fitzroy Dearborn, 1997)
- Diccionario Porrúa.Historia,Biografía y geografía de México*, (México: Editorial. Porrúa, 1986)